

tado no tiene mas objeto que contentar á los dioses y no sostiene guerras mas que para aumentar el número de los súbditos de Amon y proporcionarle rico botin. Las inscripciones hablan poco, en proporcion, de las hazañas de los reyes y en cambio refieren minuciosamente los diálogos que con los dioses tienen. En tiempo de los Ramésidas nació el Estado ideal del sacerdocio, que se presentó á los griegos como el mismo Estado de los buenos tiempos antiguos y que los griegos, ó por lo menos algunos de ellos, transmitieron en sus narraciones á la posteridad. Así lo describen como un Estado en que la vida del rey estaba regulada hasta en sus mas pequeños detalles por los preceptos que los libros sagrados contenian para cada hora del dia y de la noche; en que no se conocian las

transgresiones, y en que el rey, donde quiera que fuese y estuviese, se veía servido por los hijos de los sacerdotes y dirigido é instruido en sus deberes por el sumo sacerdote (1). Esto no es pura fantasía, pues ya veremos cómo despues se realizó en el reino etíope este ideal del Estado y cómo en Egipto los sacerdotes prescindieron por completo de la monarquía y se ciñeron la corona. El ceremonial duro é invariable dentro del cual se mueven los reyes de Egipto desde los tiempos antiguos y los innumerables sacrificios y honores que tienen que ofrecer á los dioses y que con fatigosa uniformidad vemos siempre reproducidos en los cuadros de las paredes de los templos, demuestran claramente que el rey, aun sin quererlo, debía someterse á las órdenes tradicionales.



Dos libros (segun copia de la tumba de Seti I).

Llevaron dos plumas en la cabeza y un largo bucle á un lado. El color de su piel es blanco, sus ojos azules y su cuerpo cuidadosamente tatuado. En la pierna del uno (el de la izquierda) y en el cinturon del otro se ve un signo que en la escritura jeroglífica significa el nombre de la diosa Nait de Sais.

Tambien en la ciencia prevalece la rutina, que es poderoso obstáculo á su desenvolvimiento. Los libros sagrados, que se consideran como manifestaciones del dios Thoth, contienen no solo todos los dogmas y ceremonias de la religion, sino tambien los conocimientos acerca del mundo, de la geografia sagrada de Egipto, del sol y de las estrellas. Segun afirmacion del Padre de la Iglesia, Clemente de Alejandría, seis libros contenian toda la ciencia médica, habiéndose conservado probablemente uno de ellos en el gran papiro de Ebers, que data de principios del Nuevo imperio. Los médicos estaban obligados á tratar á sus parientes segun los preceptos transmitidos por la tradicion. «Despues del cuarto dia, dice Aristóteles, pueden apartarse de ellos; si lo hacen antes, se exponen á sí mismos á un peligro.» «Cuando los médicos, dice Diodoro, tratan á un enfermo segun los preceptos de los libros sagrados y no pueden salvarle, no tienen remordimiento alguno, pero si obran en contra de aquellos preceptos pueden ser acusados y condenados á muerte, pues el legislador admite que muy contadas veces puede un individuo saber mas que los preceptos seguidos desde tiempo inmemorial y establecidos por los hombres mas sabios» (2). Ya hemos visto que durante

el Nuevo imperio la medicina egipcia no solo no progresó, sino que sufrió un retroceso á consecuencia de la invasion de la magia. De la literatura religiosa ya hemos hablado, y solo debemos decir que desde el triunfo de la ortodoxia nada nuevo produjo. Nos encontramos, pues, en una época tambien de retroceso intelectual.

De la bella literatura del tiempo de los Ramésidas, algo ha llegado hasta nosotros, como por ejemplo algunos bonitos cuentos referidos en lenguaje popular (como la historia de los dos hermanos, cuyo argumento ha sido en parte reproducido en la narracion hebrea de José y de la mujer de Putifar, y la de los príncipes encantados) y algunas leyendas históricas, como la del rey Chufu, la de la lucha con los hyksos y la de la toma de Joppe. En la literatura poética merece ser mencionada en primer término la poesía que describe la lucha de Ramesces II con los chetas (3) y que, á pesar de su carácter oficial, no carece de vida ni de elevacion: la plegaria que dirige á Amon el monarca, que lucha cercado por todas partes de enemigos, y la aparicion del dios á su lado, rebosan de sentimiento y producen efecto aun leídas en la actualidad. Hay tambien una porcion de himnos en honor de los dioses

(1) Diodoro, I, 70, 71, segun Hecateo de Abdera, que vivió en tiempo del primer Tolomeo.

(2) Aristóteles: *Politica*, III, 15. Diodoro, I, 83.

(3) Comunmente se la llama «Poesía del Pentaur,» considerándose á éste como autor de ella. Sin embargo, este personaje era escribiente en tiempo de Merneptah, y lo que hizo con la poesía fué simplemente sacar de ella una copia muy ligera que ha llegado hasta nosotros.

y del rey, canciones amorosas, etc., etc., dignas de mención. Además se han conservado de aquella época muchas cartas, que son en parte verdaderos protocolos, memorias y correspondencia de los escribientes, y en parte trabajos de estudiantes, ejercicios retóricos y modelos de cartas. El valor material y formal de estos documentos varía naturalmente según el punto de vista desde que se les mire, pero de todas maneras contribuyen á trazarnos un cuadro animado de la vida y costumbres de aquellos tiempos y sobre todo de las esferas burocráticas de Egipto (1).

CAPITULO VIII

LOS ATAQUES DE LOS PUEBLOS MARÍTIMOS.—RAMESSES III

Desde mediados del reinado de Rameses II comienza á figurar entre sus hijos el llamado príncipe Cha'mus, que, según parece, estaba destinado á suceder á su padre en el trono y que en distintos puntos del país había dirigido, como representante de aquel, la celebración de varias fiestas religiosas. Estaba además investido del cargo de sumo sacerdote de Menfis y como tal le incumbía cuidar del fomento del culto de Apis y del entierro solemne de los toros sagrados. Según parece, era un hombre piadoso y sabio, y la leyenda lo pinta como gran hechicero y autor de textos mágicos (2). A pesar de todo, ni él ni sus hermanos, Amenherunamif, Amenherchopsef, Ra'msesu, etc., que siendo todavía niños habían acompañado á su padre á la guerra cheta, ocuparon el trono, pues Rameses II, como Luis XIV, sobrevivió no solo á su generación sino á la siguiente. Cuando descendió al sepulcro, viejo y cansado de la vida, sucedióle en el gobierno Merneptah, que era el décimocuarto de sus hijos.

Durante el reinado de Merneptah ocurrió un suceso que arroja mucha luz sobre el estado en que se encontraban entonces los países del Mediterráneo. En el quinto año de su gobierno aparecen de repente en las fronteras orientales de Egipto pueblos extranjeros tales como los turschas, los schar-danas, los schakaruschas, los aqaiwaschas, como también los rukus (3). De estos «pueblos septentrionales procedentes de los países soberanos,» conocemos ya á los schar-danas, de quienes sabemos que residían muy lejos en el Mediterráneo, quizás en Cerdeña, y que su juventud emprendedora entró al servicio militar de los egipcios en tiempo de Rameses II y de sus sucesores. Las demás tribus son también designadas como pueblos «de los países del mar» y procedían indudablemente de territorios que los fenicios habían puesto en contacto con la civilización de Oriente y cuyos habitantes, atraídos por las riquezas del Este, deseaban visitar la patria de los mercaderes extranjeros con los cuales cambiaban preciosas mercancías. Así como en tiempo del imperio romano las tribus germánicas, antes de pensar seriamente en establecerse en él, no solo entraron á servir en los ejércitos de Roma sino que realizaron algunas expediciones de rapiña por tierra y por mar hasta países muy remotos y saquearon la Grecia y el Asia Menor, de la misma manera los habitantes de los territorios fronterizos del círculo de la civilización egipcio-asiática anterior dirigieron contra los egipcios sus rapiñas algunos siglos antes de que pudieran intentar seriamente establecerse

(1) Además de muchos trabajos de Chabas y de Goodwin, véanse especialmente Maspero: *Du genre épistolaire* (en la *Bibliothèque de l'école des hautes études*, XII), y Erman: *Egipto*, tomo I.

(2) Es el mismo que el príncipe Setnai, del cual un papiro demótico del tiempo de los Tolomeos refiere una historia de amor y de hechicería.

(3) Estos desempeñaron, al parecer, un papel insignificante en la coalición. Difícilmente tienen algo que ver con los rukas, á quienes hemos visto como súbditos de los chetas.

en el interior de Egipto y destruir su supremacía del Oriente. En esto estriba precisamente la importancia histórica de estos sucesos, á primera vista completamente efímeros, de los cuales nos han conservado noticia aunque poco coherente las magníficas inscripciones de los monarcas egipcios. La emancipación de Europa comienza: los salvajes y osados piratas que caen sobre el Egipto son los precursores del futuro predominio marítimo de la nación helénica.

Nunca podrá con seguridad averiguarse cuál era la patria de las citadas tribus, si el Asia Menor, Grecia ó Italia. De los schar-danas ya hemos hablado; respecto de los schakaruschas se ha creído que procedían de Sicilia y en cuanto á los turschas, con razón se ha pensado en hacerlos descender de los tirrenos ó etruscos, pues sabido es que en la antigua historia griega se nos presentan como pueblo pirata, que mantenía en continua zozobra no solo el mar occidental italiano, sino también las costas del mar Egeo (4). Mas problemática resulta la equiparación de los aqaiwaschas con los aqueos, sobre todo teniendo en cuenta que los primeros, según afirmación de los egipcios, estaban circuncidados, al revés de lo que con sus compañeros acontecía.

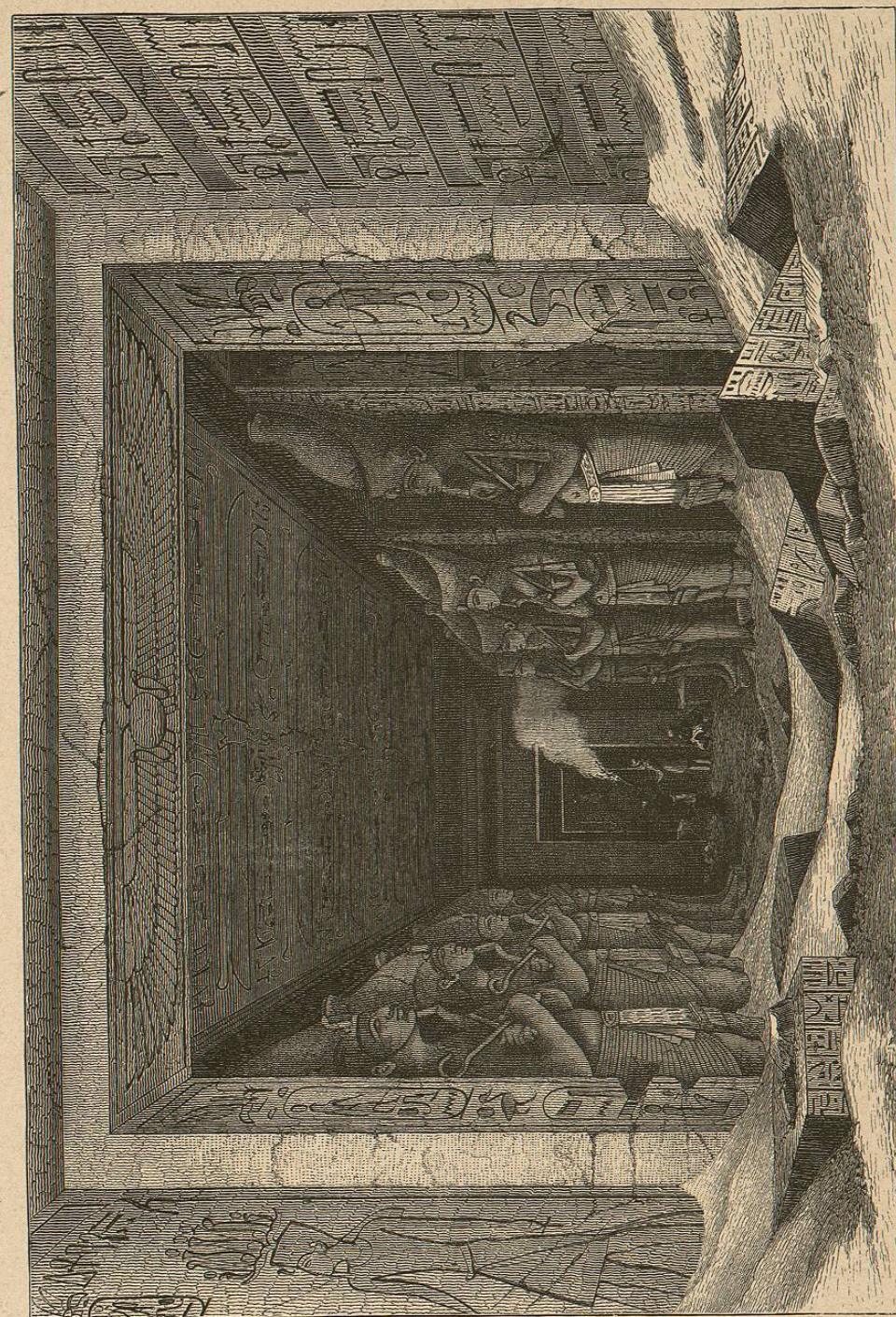
La relación egipcia no dice cómo estas distintas tribus se encontraron ni cómo recorrieron el camino al través de los mares; á ello pudo haber contribuido la noticia de la muerte de Rameses II y de un relajamiento interior de Egipto, pues los pueblos no han vivido nunca tan aislados como á primera vista parece, y es imposible que cesaran en absoluto las comunicaciones entre los schar-danas que estaban al servicio de Egipto, por ejemplo, y su patria. Los sucesos que se desarrollaron en el imperio cheta debieron de ejercer también su influencia, sobre todo en el caso de que una ú otra de las tribus procediera del Asia Menor, porque algunas décadas después, al reproducirse los mismos acontecimientos, aunque en mucho mayor escala, se nos presenta clara esta cohesión.

Los vacíos que contiene la relación egipcia de la victoria no permiten, por desgracia, deducir con certeza cuál fuese el número de los agresores. En la lucha sucumbieron 222 schakaruschas y 742 turschas: mayor fué todavía, al parecer, el número de los aqaiwaschas, de suerte que de todos modos debió de ascender á muchos millares el de los hombres de distintos pueblos que se juntaron para esta expedición de rapiña.

La travesía por mar condujo á este hormiguero de gentes al territorio de la que después se llamó la Cirenaica, en el país de los libios (en sentido estricto, Rebu egipcio) (5), donde fueron recibidos con júbilo como bienvenidos aliados. Los mismos libios, tribus guerreras y semi-nómadas, habían sido reclutados, desde hacia muchos años, para formar parte del ejército egipcio, y también ellos fueron arrastrados por la expedición guerrera al rico valle del Nilo, en cuyos distritos

(4) La identidad de los tirrenos de Lemnos con los etruscos, que yo mismo en otro lugar he combatido, resulta indudable desde el descubrimiento de una inscripción lémnica escrita en lengua indígena.

(5) La gran relación de la victoria de Merneptah en Karnak (Dumichen: *Inscripciones históricas*, tomo I, 1-6; Mariette: *Karnak*, 52-55) completada en gran parte por los fragmentos de la inscripción de Menfis que publicó Maspero en la *Revista Egipcia*, 1881, pág. 118, y 1883, páginas 65-67, solo se ha conservado por desgracia fragmentariamente, ofreciendo grandes dificultades el llenar los vacíos. Brugsch, en su *Historia de Egipto*, pág. 568, ha completado las primeras líneas haciendo aparecer en ellas la invasión de los libios, lo cual es imposible, pues de ella no se habla hasta en la línea 13 (véase *Revista Egipcia*, 1881, página 118). Igualmente infundado es lo que consigné en mi *Historia de la Antigüedad*, tomo I, § 260, refiriendo los datos de las primeras líneas á los pueblos marítimos y separando su ataque del de los libios. La verdadera es la que en pocas palabras consigno ahora en el texto. Resulta, por lo tanto, errónea una parte de las consecuencias que en mi citada obra deduje.



Vista interior del gran templo de Abu-Simbel